

4 Octubre 2005

"Observamos cómo cae Octavio", de Hernán Migoya

Tras este sugerente y mágico título, el gran Hernán Migoya (ése que muchos de mis indeseables lectores nacionales asociarán con el mismísimo anticristo de "Todas putas" y a quien más les valdría reconocer como el autor de un estupendo blog personal y colaborador de uno de mis fanzines- qué antiguo - digitales preferidos, "La mesa camilla") nos fascina con una reveladora, poderosísima y conmovedora historia de infancia, pensada y escrita con tal inteligencia que sobrecoge y (me) provoca enorme admiración.

Migoya, libre de clichés y justificaciones innecesarias, ha escrito una historia de niños a quienes - como a todos los que recuerdo, y me acuerdo también de mí - les falta tanta información, tantos datos, tantos amarres que acaban rellenando los huecos (y me acuerdo de repente de aquellos ejercicios del libro de inglés de la EGB - pero qué antiguo - de 'Fill the gaps...') con la misma plastilina que nos deja olor a locos en las manos al crecer: el miedo, las convulsiones de los afectos correctos, del deseo, de los motivos adultos, los silencios,... (los mismos que no me importaban nada en "París" de Giralt Torrent, en la novela de Migoya me han hecho llorar.)

"Observamos cómo cae Octavio" utiliza, legítimamente, vistosos trucos de ilusionismo visual (texto de color diferente para cada personaje, en negrita si hablan en voz alta); pero - mucho más importante - además construye los personajes infantiles protagonistas con una inteligentísima y muy acertada mezcla de lenguajes, juguetes y referentes culturales que los hace viajar del pasado al presente constantemente. Como si fuéramos nosotros entonces, ellos ahora, entonces; nosotros hoy.

Lector lleso: touché.